

La crisis-oportunidad de un peronismo sin conexión

01/11/2025



Por Redacción | Existe en la cultura popular un concepto de origen chino, la composición del ideograma para «crisis», que combina los caracteres de «peligro» y «oportunidad». Esta idea, más allá de su rigor lingüístico, es un marco perfecto para entender el momento actual del peronismo y de la política tradicional argentina. El movimiento ha caído en un profundo peligro de extinción hegemónica, pero esa misma crisis encierra la oportunidad de una refundación impostergable.

El peronismo atraviesa una de sus crisis más agudas. La derrota presidencial de 2023 no fue un accidente, sino el síntoma del agotamiento de un modelo y una profunda parálisis dirigencial que se niega a la renovación. El movimiento no solo ha perdido el Poder Ejecutivo y terreno en las elecciones de medio término, sino que exhibe fallas estructurales que explican la deserción de su público tradicional y el avance

opositor incluso en su bastión, la provincia de Buenos Aires. El peronismo ha fallado estrepitosamente en generar una nueva generación de liderazgo, pues sigue dependiente -en la inmensa mayoría de los territorios- de figuras de máximo peso histórico, cuya permanencia prolongada impide la oxigenación y la aparición de rostros con legitimidad propia. Esta dependencia mantiene al movimiento atado a relatos y recetas que el tiempo agotó. Además, se ha consumido en las luchas de poder intestinas, donde las distintas facciones anteponen sus agendas particulares a un proyecto unificado. Estas peleas internas son percibidas por el electorado como un caos de gestión y un signo de ineficacia, debilitando su imagen como alternativa de poder.

A nivel conceptual, el peronismo debe reinventar su propia esencia, trascendiendo los mensajes obsoletos para adaptar el concepto de justicia social a la realidad del siglo XXI. La sociedad ya no está compuesta predominantemente por el obrero fabril de antaño, sino por nuevos trabajadores y jóvenes que tienen otras necesidades, a menudo trabajando con nuevas tecnologías. En este contexto, el peronismo perdió el foco en los problemas diarios de su base popular, priorizando agendas ideológicas de nicho y perdiendo de vista la principal preocupación de la gente: no llegar a fin de mes. Esta desconexión generó un abandono masivo de su público tradicional.

Quizás el factor más letal para el peronismo es su anacronismo comunicacional. Mientras la oposición conquistó las redes sociales con mensajes directos y disruptivos, el peronismo se quedó atascado en el formato de los grandes actos o la conferencia de prensa tradicional. La dirigencia no supo traducir su mensaje a las modernas formas de comunicación, ni logró cautivar a los jóvenes y sectores medios que consumen política a través de plataformas digitales, cediendo ese espacio vital a un discurso más veloz y agresivo que resultó ser más efectivo electoralmente.

Para dimensionar la crisis, es crucial entender que el peronismo no es la fuerza tradicional más debilitada. Su

desorientación es parte de una fractura sistémica que también afecta a la oposición histórica. La Unión Cívica Radical ha perdido su identidad y se ha diluido en alianzas marginales, y el PRO se encuentra en un estado de implosión interna y falta de un proyecto ideológico unificado post-Macri.

La crisis del peronismo es dramática, sí, pero ocurre dentro de un colapso general donde el PRO y la UCR exhiben una orfandad dirigencial que augura un destino todavía más incierto, dejando al peronismo, paradójicamente, como la fuerza tradicional con mayor capacidad histórica de supervivencia, si logra reinventarse.